



## ASPECTOS DE LAS CAMPAÑAS DE 1879: EL TESTIMONIO DE LOS ACTORES\*

*Oswaldo Silva Galdames\*\**

A fines de 1878, culminando una serie de medidas económicas, derivadas de la crisis en que se hallaba sumido el país fueron drásticamente disminuidos los gastos militares. Sucesivas reorganizaciones en los cuerpos del Ejército de línea, habían rebajado a 3.211<sup>1</sup> las plazas regulares, distribuidas en cuatro Batallones de Infantería, un cuerpo de Zapadores, un Regimiento de Artillería y dos Regimientos de Caballería. Sus dotaciones, sin embargo, no lograban ser completadas. Los malos sueldos alejaban a posibles nuevos voluntarios, impedían que permaneciesen en las filas aquellos que habían cumplido sus contratos y, aún, fomentaban frecuentes deserciones, mal que minaba las filas del Ejército. Así, sus fuerzas efectivas, al comenzar 1879, alcanzaban sólo a 2.595 hombres<sup>2</sup>; gran parte de ellos, 1539, guarnecían la Alta y Baja Frontera, empeñados en la pacificación de la Araucanía.

La Guardia Nacional, considerada como la verdadera reserva del Ejército de línea, tampoco había escapado a las estrecheces del erario fiscal. Continuas disoluciones de batallones, escuadrones, brigadas y compañías a lo largo del país, habían disminuido en un 70% la dotación con que contaba en los inicios de la década de 1870.

Chile se encontraba, pues, en precarias condiciones para emprender un conflicto bélico, especialmente si se considera la pequeñez del contingente efectivo de sus cuerpos militares y de la marina. Decidida la ocupación de Antofagasta, el gobierno se abocó a la urgente tarea de incrementar las fuerzas armadas. Para ello se movilizaron los cuerpos de policía y los bomberos que

\*Texto modificado de una Conferencia dictada en la Universidad de Chile, Sede Arica, en agosto de 1979.

\*\*Profesor del Departamento de Ciencias Históricas. Universidad de Chile.

<sup>1</sup>Memoria del Ministerio de Guerra y Marina, 1879.

<sup>2</sup>Memoria del Ministerio de Guerra y Marina, 1879.

poseían instrucción militar. Sus funciones específicas fueron encomendadas a las milicias, originándose agudos problemas en la mantención del orden público tanto en las grandes ciudades como en las zonas rurales.

El proceso de enganche se aceleró mediante la revitalización de los antiguos cuerpos cívicos o la formación de nuevas unidades que llevaban el nombre de la ciudad de origen. Los primeros llamados encontraron pronta respuesta en la juventud. Muchachos menores de 20 años abandonaron estudios y ocupaciones para enrolarse en los cuerpos movilizados. En Chillán, incluso, llegó a formarse un batallón de niños que fueron armados con fusiles de madera<sup>3</sup>. Por contraste, la población madura demostró escaso interés para enlistarse, fenómeno que, sin duda, obedecía a los bajos sueldos devengados por los soldados. Éstos recibían once pesos mensuales, mientras que en las tareas agrícolas, mineras o industriales podían obtenerse hasta cincuenta. A ello se agregaban los sacrificios impuestos por el servicio militar: acuartelamientos prolongados, alimentación de poca calidad y el peligro de contraer enfermedades como las viruelas, disentería o infecciones pulmonares que, a menudo, provocaban la muerte debido a lo inadecuado de los tratamientos médicos.

La imposibilidad de llenar las vacantes en las milicias llevó a tomar medidas extremas. Las autoridades de Talca encargaron a la policía local el apresamiento de vagos y pependieros que asolaban los bares, a objeto de enlistarlos en los cuerpos movilizados. Pronto el ejemplo se extendió a otras ciudades, hecho que provocó comentarios en los periódicos provincianos. La redacción de *La Discusión de Chillán*, el 18 de abril, comentaba con sorna, la disminución de parroquianos en los bares de la localidad. Poco después, la prensa de la época comenzó a distinguir como *voluntarios* y *enganchados* a los integrantes de las milicias. Estos últimos, enrolados en forma obligatoria, no siempre aceptaron la rígida disciplina militar. Los testimonios de los protagonistas señalan frecuentes insubordinaciones durante la vida de campamento, robos y crímenes que eran castigados con azotes y, aún, la pena de muerte. A ello se agregaban casos de alcoholismo crónico y otras actitudes que sólo contribuían a corromper el resto de la tropa según expresaba *El Correo de La Serena*<sup>4</sup>.

Entre los voluntarios se encontraban muchachos como *Hipólito Gutiérrez* y su compadre Sandoval, quienes desde Colton, su aldea natal, en la subdelegación de Bulnes, se dirigieron hacia Chillán

a prestar nuestro servicio al Gobierno, con nuestro entero gusto, para ir al norte, a Lima, a defender nuestra patria hasta morir o vencer por nuestra bandera<sup>5</sup>

o el quillotano *Abraham Quiroz*, enrolado en los Cazadores del Desierto a fin de servir al país donde uno ha nacido<sup>6</sup>.

<sup>3</sup>La *Discusión de Chillán*, junio 1879.

<sup>4</sup>Correo de La Serena, mayo 1880.

<sup>5</sup>Gutiérrez, 1976 pág. 161.

<sup>6</sup>Carta del 23 de julio de 1879.

Los tres frisaban los veinte años, edad que también poseía *Alberto del Solar*, oficial de Santiaguino Batallón cívico Carampangue

Con los primeros ecos de la guerra, la juventud del Carampangue dióse cita, y una hora después, entre el humo del *habano* y la espuma del *champagne* acordaba por aclamación, presentarse al jefe de la República solicitando la movilización y el acuartelamiento del cuerpo. Todos pensaban ir al lugar del peligro<sup>7</sup>.

Un poco mayor —23 años— era el estudiante del último año de medicina *Víctor Körner*. Acompañado de su amigo Luis Rosende

animado del mismo entusiasmo patriótico que la guerra había despertado en toda la juventud de aquella época memorable... nos dirigimos a la comisión de ambulancias para inscribir nuestros nombres en las listas<sup>8</sup>.

23 años tenía también *Antonio Urquieta* cuando ejercía de boticario en Calama. Al producirse el desembarco en Antofagasta mandó, secretamente, a confeccionar una bandera chilena que colgó, el día de la toma de aquella ciudad, desafiando las balas y las iras del pueblo, del mástil de la casa de don Eduardo Abaroa, héroe de la defensa de Calama<sup>9</sup>. Poco después se enroló como cirujano en la Compañía de Voluntarios del Norte, cuerpo montado al mando del ingeniero Marcos Latham, Teniente Coronel de la Guardia Cívica. La compañía

no grababa en sueldo alguno al Estado, ni aún para su alimento propio ni caballada. Era como una especie de montonera. Lo único que se le proporcionaba era armamento en el arma de caballería i municiones<sup>10</sup>.

Trasladados a Antofagasta, la compañía fue disuelta y gran parte de sus integrantes pasaron a las filas de los Regimientos Cazadores o Granaderos. Urquieta se enroló en el Batallón Coquimbo, su tierra natal, alcanzando el grado de Teniente después de la batalla de Tacna<sup>11</sup>.

Los pensamientos y recuerdos de la vida en campaña, conservados, probablemente en cuadernos, libretas u hojas sueltas, sirvieron de apuntes a estos protagonistas de la lucha, para redactar diarios o memorias. Así surgieron entre muchos otros, la *Crónica de un soldado de la Guerra del Pacífico*, de Hipólito Gutiérrez; el *Diario de Campaña*, de Alberto del Solar; el *Diario de Campaña de un cirujano de ambulancia*, de Víctor Körner, y los dos tomos de *Recuerdos de la vida de Campaña en la Guerra del Pacífico*, de Antonio Urquieta.

Abraham Quiroz escribió múltiples cartas a su padre; de dicho epistolario se conservan 70 en el Archivo Nacional, publicadas en 1966 por el historiador don Guillermo Feliú Cruz.

<sup>7</sup>Del Solar, 1886, pág. 38.

<sup>8</sup>Körner, 1929, págs. 12 y 13.

<sup>9</sup>Urquieta, 1907, pág. 76.

<sup>10</sup>Urquieta, 1907, pág. 60.

<sup>11</sup>Urquieta, 1907, pág. 63.

En las páginas de aquellos recuerdos y misivas resaltan aspectos humanos de la vida en campaña; se refleja el hombre, con sus angustias y esperanzas; el hombre que reflexiona sobre la vida y la muerte escondiendo sus sentimientos tras la fachada del guerrero; el hombre que es capaz de enternecerse ante el sufrimiento de sus compañeros y apretar los dientes ante el padecimiento personal; el hombre que agudiza los sentidos para captar la belleza del paisaje al amanecer o una noche estrellada en medio del desierto y el frío; el hombre que sufre hambre y sed regocijándose como niño cuando puede saciarlas. El soldado, en fin, que se encomienda a Dios antes de entrar en batalla y escribe con desolación la que podría ser su última carta a la madre, esposa e hijos distantes.

Junto a los testimonios señalados, tenemos también los del entonces capitán de artillería *José de la Cruz Salvo*, de 39 años de edad, quien escribió un diario, hasta ahora inédito<sup>12</sup>, cuyas páginas se abren la misma noche del 23 de febrero de 1879 en que, cumpliendo una orden emanada el día anterior, viajaba a bordo del *Lontué* en dirección a Antofagasta. Sentado en la mesa de su camarote, escribía:

¡Qué torbellino de acontecimientos entre ayer i hoi! Ayer, a las cuatro de la tarde, tranquilo en mi casa con mis libros de leyes, repasando mi ya aprendido examen de Práctica, luego la consternación entre los míos al llegar el pliego en que se me transcribía el decreto en que el Gobierno me nombraba director del parque del Ejército del Norte. Pero ni mi familia atribulada, ni mis intereses perjudicados, ni mis estudios forenses interrumpidos, precisamente cuando después de tantos sacrificios ya tocaban a su término, fueron bastante a hacerme vacilar un instante. Sólo una nube veía en el horizonte, la falta de recursos en que quedaba mi casa con mi separación; pero, me dije, a ser esta una razón, con mui pocos hombres contaría Chile en cualquier emergencia. Y pensando en esto i en que mayor era mi satisfacción mientras más duro mi sacrificio, volé a tomar mi pasaporte; a las 10 de hoi corría a Valparaíso en tren espreso, i, sin pérdida de tiempo, saludo apénas a mi hermano, i zarpo en el *Lontué*, que parece que de acuerdo conmigo me hubiese estado esperando con sus calderas encendidas<sup>13</sup>.

Antofagasta era el punto de reunión de las tropas que habrían de marchar hacia el interior y hacia el norte. Puerta de entrada a la guerra, lo era también al

<sup>12</sup>El Diario fue escrito en una agenda inglesa. Lo inició en la página correspondiente al sábado 22 de febrero de 1879 y lo cerró el 6 de abril de 1880 en las hojas destinadas a anotaciones mensuales. Posteriormente otra mano agregó, en las primeras páginas de la agenda, los sucesos ocurridos entre dicha fecha y el regreso del Coronel Salvo tras haber perdido su brazo derecho al estallarle un cartucho de dinamita en el muelle de Pisco. La lectura del original fue una gentileza del profesor Sergio Gómez E.

<sup>13</sup>Salvo, páginas del 22 y 23 de febrero de 1879.

desierto más desolado del mundo. Interesa, pues, conocer la impresión de quienes arribaban desde latitudes más meridionales. El capitán Salvo expresa:

Me imaginaba que el clima fuese mas ardiente aun; en las noches hace un agradable fresco bien que en el día el calor es constantemente mas fuerte que el mas ardiente de Chile<sup>14</sup>.

El cirujano Körner, desembarcado el 1° de junio, halló la ciudad

mas extensa de lo que me había imaginado y de bastante movimiento... El clima es de lo mas benigno; a mediodía tenemos un calor moderado y en las noches el frío no es tan intenso como en Santiago, vientos fuertes no hemos tenido hasta ahora<sup>15</sup>.

El 25 de septiembre llegaron los Cazadores del Desierto, cuerpo en el que militaba Abraham Quiroz. Cinco días después escribe a su padre:

al clima no lo he encontrado ni tan frío ni tan caluroso, no he extrañado ni siquiera el agua, pues la encuentro mucho más dulce<sup>16</sup>.

Hipólito Gutiérrez, con el Batallón Chillán, lo hizo el 11 de noviembre. Recuerda que

Llegamos al cuartel a las doce del día cocidos de calor. ¡Qué puerto tan caluroso!, que ahí fueron los calores que sufrimos primero y que no estábamos echos todavía<sup>17</sup>.

El puerto propiamente tal era pésimo, opinión en la que concuerdan los testigos:

¡Qué bahía tan mala! —exclama Salvo—. Hai en ella mas marejada i balance que en el mar. Para formarse una idea de lo que es, basta decir que tiene una barra que no permite entrar las naves al puerto<sup>18</sup>.

El convoy que transportaba a Quiroz sólo pudo desembarcar las tropas al día siguiente de su arribo.

por la braveza de la mar<sup>19</sup>.

Gutiérrez expresa que era

la bahía bien mala, bastante brava la mar<sup>20</sup>.

No obstante, el mismo océano era una de las atracciones favoritas de la

<sup>14</sup>Salvo, página del 2 de marzo de 1879.

<sup>15</sup>Körner, 1929, págs. 22 y 34.

<sup>16</sup>Quiroz. Carta del 30 de septiembre de 1879.

<sup>17</sup>Gutiérrez, 1976, pág. 165.

<sup>18</sup>Salvo, páginas del 26 y 27 de febrero de 1879.

<sup>19</sup>Quiroz. Carta del 30 de septiembre de 1879.

<sup>20</sup>Gutiérrez, 1976, pág. 165.

hueste en sus momentos de descanso. Salvo acostumbraba darse baños de mar todas las mañanas. Sostiene que

Hai casuchas a propósito i lugares mui aparentes para bañarse resguardados por las peñas; pero tan mal servidas que es imposible llegar a ellas por segunda vez<sup>21</sup>

Körner declara:

Todos los días en la tarde, nos vamos a bañar a la poza, pues a pesar de estar a mediados de invierno, la temperatura es de lo más agradable; el termómetro a mediodía no sube de 20 grados, en la noche desciende a 6, los vientos que nos solían incomodar, han cesado últimamente, así que el clima se puede calificar realmente de ideal<sup>22</sup>

Quiroz afirma:

Ejercicios no tenemos más que por la mañana y en seguida puerta franca y en la tarde nos vamos a bañar sin más novedad<sup>23</sup>

Más dura parece haber sido la experiencia para los chillanejos a juzgar por el testimonio de Gutiérrez:

Los calores eran insufribles, y tan arenoso y la arena salobre, que cuando salíamos a los ejercicios tarde y mañana llegábamos inconocibles de tierra, y sudor y sé, ¡las de sé!, y la agua resacada tan mala que no podíamos apagar la sé<sup>24</sup>.

Con respecto a las habitaciones, oficiales como Salvo se alojaban en uno de los dos hoteles con que contaba Antofagasta. Pagaban cuarenta pesos mensuales<sup>25</sup>. Los cirujanos se cobijaban en las carpas de sus respectivas ambulancias<sup>26</sup>, al paso que los cuerpos regulares o movilizados lo hacían en improvisados cuarteles<sup>27</sup>.

El ejército del norte permaneció en Antofagasta hasta el 28 de octubre, día en que se dio comienzo a la campaña de Tarapacá. Para muchos oficiales y tropa de línea la prolongada estada se transformó en algo monótono e interminable; para los movilizados constituyó parte importante en su entrenamiento militar.

El capitán Salvo, en medio de sus ajetreos organizativos del parque y municiones, disponía de tiempo para procurarse, en su calidad de egresado de derecho, algunos pleitos con los cuales solventaba sus gastos de alojamiento y comida. Frecuentemente enviaba dinero a su numerosa familia en Santiago.

<sup>21</sup>Salvo, página del 2 de marzo de 1879.

<sup>22</sup>Körner, 1929, pág. 39.

<sup>23</sup>Quiroz. Carta del 30 de septiembre de 1879.

<sup>24</sup>Gutiérrez, 1976, pág. 165.

<sup>25</sup>Salvo, página del 1º de marzo de 1879.

<sup>26</sup>Körner 1929, pág. 34.

<sup>27</sup>Quiroz. Carta del 30 de septiembre de 1879.

Iniciaba el día con baños de mar a las seis de la mañana; luego escribía cartas, desayunaba y se preocupaba de los deberes militares. Por las tardes solía frecuentar el *Club de Antofagasta* donde charlaba con otros oficiales o atendía problemas judiciales. Después de comida daba cortos paseos por las calles antofagastinas. Se acostaba alrededor de las 10.

Antofagasta, en las noches, se abría como una caja de sorpresas que el calor diurno impedía adivinar. Entonces los soldados olvidaban las inquietudes por el futuro y se entregaban al deleite de la "puerta franca". Gran atracción ejercía la calle

que se llama del Nuevo Mundo, i de vereas que merece su nombre. Es una especie de plaza de Abastos de Santiago, pero con fondas a una i otra acera en donde las Maritornes son galanteadas por los gañanes, tropa i marinería en medio del canto del arpa y la vihuela i del ponche i cerveza que corre como en el Arenal de la Capital de Chile<sup>28</sup>.

Los hallazgos del capitán Salvo en sus paseos nocturnos no paraban allí. Extasiado cuenta que

Me llamó la atención el juego de lotería pública, entre nosotros desconocido. Imaginense una vasta sala bien alumbrada en cuyo centro hai una mesa que corre todo el largo, i a su derredor sentados codo a codo 80 o 100 hombres o mujeres del pueblo con todo orden, teniendo cada uno tres cartones delante de sí que miran en silenciosa i ávida atención. Un individuo, (el dueño de casa jeneralmente) hace jirar por medio de un manubrio una urna de lata que contiene los números que va sacando i cantandolos en voz alta uno a uno. Cuando alguno es favorecido por el Cuaterno, que en el momento en que yo miraba importaba dos pesos, o por la lotería que valía seis, un otro empleado de la casa constata la exactitud de los números, i se procede a otro albur. Cada jugador entra jeneralmente con diez centavos, i el favorecido abona un 10% a la casa. Mucho me gustó el orden que allí reinaba, i bien quisiera que en Chile se implantase esta costumbre que ahorraria muchos ocios criminales<sup>29</sup>.

La inactividad era aparente en Antofagasta. Los médicos de las ambulancias se preocupaban del arreglo y limpieza del Hospital que se hallaba

en un estado lamentable, desaseado y asqueroso<sup>30</sup>.

Su capacidad de cien camas pronto se hizo insuficiente para los numerosos enfermos que caían afectados por tercianas, fiebre tifoidea, disentería, paperas y enfermedades venéreas<sup>31</sup>. Así se procedió a levantar dos nuevas barracas

<sup>28</sup>Salvo, página del 7 de abril de 1879.

<sup>29</sup>Salvo, páginas del 7 al 9 de abril de 1879.

<sup>30</sup>Körner, pág. 35.

<sup>31</sup>Körner 1929, págs. 74, 77, 133 y 139.

para otras cien camas cada una. El cirujano segundo Körner anota que el 15 de julio

pude practicar mi primera operación, aunque pequeña; se trataba de una herida del pie de un soldado de Cazadores, que hizo necesaria la desarticulación de un dedo del pie en la articulación tarsometatarsiana. La narcosis fue algo difícil y prolongada por ser el enfermo alcohólico<sup>32</sup>.

¡Cómo recordaría, entonces, Körner aquellos días en que, en un improvisado pabellón, dentro de la vieja Escuela de Medicina, ubicado

debajo de unas medias aguas de planchas de fierro galvanizado, sobre un pavimento de ladrillos defectuosos, repasábamos en el cadáver las operaciones que nos parecían más necesarias en la guerra, como las ligaduras de arterias, las amputaciones de piernas y brazos en los puntos de elección, aplicación de vendajes para fracturas, etc.<sup>33</sup>.

A medida que transcurría el tiempo, el trabajo de las ambulancias se hacía más pesado. Crecía el número de pacientes en la misma proporción en que llegaban nuevos cuerpos desde Chile. A las enfermedades se agregaban las víctimas de las incursiones enemigas. Körner relata que el 28 de agosto el monitor Huáscar entró a la bahía antofagastina batiéndose con los cañones de la Abtao y los fuertes. Uno de los proyectiles peruanos explotó en la cubierta del navío dando origen a una curiosa situación:

El teniente Policarpo Toro, que estaba dirigiendo las maniobras del gran cañón del Abtao sobre el cual chocó el proyectil, fue envuelto en la explosión, arrancándole todo el uniforme del cuerpo sin recibir él, felizmente, ningún rasguño<sup>34</sup>.

El hecho no parece haber sido poco común. Urquieta nos deja el testimonio de otro episodio semejante ocurrido durante el asalto al morro de Arica. Cuando se hizo volar el polvorín del fuerte Ciudadela:

Saltaron por los aires muchos soldados chilenos. Entre ellos voló un teniente de 60 años que había combatido en 1839 al lado de los peruanos en Yungai. El señor Arriagada saltó a gran altura i volvió a caer ileso, pero desnudo por completo i la ropa hecha pedazos<sup>35</sup>.

La alimentación provoca también comentarios en nuestros testigos. El servicio de ambulancias debía pagar los víveres de su propio bolsillo. Aún así Körner recuerda:

<sup>32</sup>Körner 1929, pág. 49.

<sup>33</sup>Körner 1929, págs. 15 y 16.

<sup>34</sup>Körner 1929, pág. 59.

<sup>35</sup>Urquieta 1907, pág. 85.



la comida que nuestro cocinero nos prepara es buena y nos sale a un precio moderado: nada falta, frutas, legumbres, papas, etc.<sup>36</sup>.

El rancho de los soldados, a cargo de proveedores especialmente contratados, se componía de

un pan y un jarro de café por la mañana. A las diez almuerzo y a las cuatro la comida<sup>37</sup>.

Mientras estuvieron en Antofagasta los cuerpos pudieron ser equipados convenientemente; se les proporcionó armas y municiones en cantidad adecuada; se dotó al servicio de ambulancias de carpas y medicinas apropiadas, pero, por sobre todo, se solucionó el problema de abastecimiento de agua potable y su transporte al interior. Los meses de inacción fueron, sin duda, fructuosamente ocupados por el servicio de logística. En el momento de emprender la campaña de Tarapacá casi nada evidenciaba la improvisación que caracterizó a los primeros meses de la guerra.

La campaña que se iniciaba significó, por otra parte, los comienzos de un nuevo régimen de vida para los soldados que, hasta entonces, se mostraban contentos del rancho, los paseos amparados en la "puerta franca" de los cuarteles, y el baño en las cálidas aguas del Pacífico, momentos que tratarían de revivir en los duros instantes del avance por el desierto o la convivencia en pasajeros campamentos.

Durante la marcha el soldado cargaba poco más de 26 kilos en sus hombros y espalda, ellos incluían el vestuario, armamento, municiones, víveres, manto, utensilios de uso diario, mudas de ropa y la cantimplora con dos litros de agua. Conformaban la ración medio kilo de charqui, galletas de buque, 200 gramos de harina tostada, 100 gramos de cebollas y 10 de ají<sup>38</sup>.

La travesía era, en la mayoría de los casos, precedida por recuas de mulas que acarreaban agua hasta el sitio elegido como término de la jornada; otras veces se confiaba, simplemente, encontrar el vital elemento en las aguas o pozos señalados por los conocedores del desierto. Los dos litros, en ningún caso eran suficientes para calmar la sed durante la jornada del duro transitar por la tierra reseca bajo un sol abrasador. Entonces la mochila y el rollo aumentaban considerablemente su peso; los pies quemaban dentro de las botas y los hombres comenzaban a maldecir su destino mientras vaciaban, angustiados, las últimas gotas de sus cantimploras. El teniente Del Solar recuerda

que en muchas ocasiones, cuando sólo me quedaba ya en la caramayola una ínfima cantidad de agua medio caliente por el sol, sentía mi garganta hirviendo, la lengua seca y pegajosa, la voz ronca y la frente encendida síntomas todos que acompañan a una sed devoradora; y sin

<sup>36</sup>Körner 1929, pág. 35.

<sup>37</sup>Quiroz. Carta del 30 de septiembre de 1879.

<sup>38</sup>Mason 1971, pág. 61.

embargo, no me atrevía a beber una gota, temeroso de no tener a mano este último recurso si llegaba más tarde a necesitarlo absolutamente... Y si veía en aquel momento a un soldado de mis filas caer revolcándose sobre la arena y medio loco enterrar su boca en ella para buscar instintivamente la humedad que le negaban sus quemantes entrañas, apartaba de él la vista y apretaba convulsivamente, como si fuera necesario defenderla, la caramayola que aún encerraba algunas gotas de esa vida, que así rehusaba a un semejante! ¡No sé, no sé si a los demás les pasaba en tales casos lo que a mí; pero yo me sentía tan frío ante el espectáculo de la muerte, tan egoísta ante el atroz sufrimiento de los que me rodeaban, que temía haber perdido para siempre hasta el más insignificante impulso de un sentimiento humanitario, hasta la última fibra de un corazón de hombre<sup>39</sup>

Urquieta nos cuenta que en el colmo de la desesperación, los soldados

pedían a grito descanso i agua i muchos fulminados por las insolaciones, se arrojaban al suelo con el cabello erizado i las ropas sueltas, i se retorcían dolorosamente, luchando contra la muerte, sin aliento para vencerla, i quedaban abandonados en medio del desierto, con los dientes apretados, la respiración fuerte i entrecortada como fuelle roto, las manos crispadas i el rostro negro, como carbonizado<sup>40</sup>.

Gutiérrez, por su parte, relata lo dramático de ese avanzar con la vista fija en un horizonte que parecía alejarse cada vez más:

seguimos la marcha bastante maltratados y estropiados y con sueño, sin dormir toda la noche, por una pampas lobres, peladas, arenosas, que en vez de ir para ailante para atrás, para atrás... alcanzábamos a ver los humos del campamento que nos parecía que ya íbamos a llegar, pero era sí por la pampa tan pareja y tan lobre. Como a las cuatro de la tarde yo ya no podía más de cansado y de abollados los pies con ser que los daban descanso a las dos o una legua y me comencé a lamentar entre sí y desiaba del no haber nacido a este mundo más bien para no haber andado padeciendo tanto en aquellas calamidades y sin saber todavía lo que me sucedería en las batallas, si libraría con vía o no, y de ahí solo me consolaba y decía: —habré nacido con esta planeta y tengo que cumplirla no mas con tal que no me muera por acá más que padezca lo que padezca bueno está<sup>41</sup>.

La ruta de la hueste se iba jalando con las prendas de aquellos soldados agobiados por la sed y el cansancio. Paulatinamente comenzaban a dejar caer el rollo con la frazada y las mudas de ropa; a continuación la mochila y, más allá,

<sup>39</sup>Del Solar 1886, págs. 122 y 123.

<sup>40</sup>Urquieta 1907, pág. 259.

<sup>41</sup>Gutiérrez 1976, págs. 184 y 185.

el fusil y las municiones para, finalmente, caer ellos mismos, desfallecientes, sin otra esperanza que el milagro de encontrar una carreta cargada con agua; en caso contrario, la muerte cubriría sus rostros escamados por el sol y el seco aire del desierto.

El propio soldado Gutiérrez nos da el testimonio de esos momentos:

íbamos temiendo que no nos pasase lo que les había pasado otros cuerpos que habían pasado por ahí que muchos habían muerto de la sé en aquellas pampas tan lobres sin haber ningún amparo; ropa hallabamos mucha por el camino de la que habían botado a lo tros cuerpos, pero quién agarraba nada, Dios sabe como íbamos con la nuestra y también mucha botabamos nosotros por no llevar tanto peso<sup>42</sup>.

Cuando lograban abastecerse de agua, el hambre comenzaba a agobiarles. La ración de charqui aumentaba la sed y muchos preferían no ingerirla; las galletas de buque estaban tan duras que

para comerlas se hacía necesario partirlas con piedra<sup>43</sup>.

Cuando la visión del valle surgía ante sus ojos, con asomos de incredulidad, se producía la estampida

Precipitándonos (esta es la palabra) como una cascada por el despeñadero desde el alto borde en que acaba el desierto y principia el oasis, oficiales, clases y soldados, sin orden ni distinción de jerarquía, locos de contento y olvidándonos en absoluto de nuestra fatiga, nos abalanzábamos hacia la orilla del río en cuyo seno hundíamos la cabeza toda, bebiendo con ansia, con delicia indescriptible, de sus aguas claras y dulcísimas<sup>44</sup>.

La reacción se repetía por doquier. Al avistar el valle de Sama

Los soldados como que nada habían andado, saltaban, corrían, i jugaban como los niños de escuela a la hora del recreo. En un momento se dispersaron por el valle. Poco rato más tarde se veían humos por todas partes, eran los soldados que encendían fuego para asar charqui. Por unos de esos lados se divisó una gran fogata y averiguada la causa se supo que una infinidad de soldados se ocupaban de asar a un hermoso y robusto burro que habían beneficiado. Todos los demás soldados siguieron este ejemplo i en esa tarde más de 20 burritos perdieron la vida con la visita del ejército chileno: una vez asados, los soldados se los comían con tanto gusto como si fuera carne de tierno y sabroso cordero; entre risas, dichos y charlas agradables; se llegaban a chupar los dedos, como se dice vulgarmente<sup>45</sup>.

<sup>42</sup>Gutiérrez 1976, págs. 183 y 184.

<sup>43</sup>Urquieta 1907, pág. 284.

<sup>44</sup>Del Solar 1886, pág. 125.

<sup>45</sup>Urquieta 1907, págs. 284 y 285.

Saciada la sed y el hambre se procedía a levantar el campamento donde hombres y animales recibirían el merecido descanso y se recuperarían de las penurias sufridas en las arduas jornadas anteriores.

El campamento consistía en hileras de ramadas que cobijaban batallones y regimientos distribuidos por arma; en medio de ellos se alzaban las tiendas de los oficiales. Normalmente los jefes y miembros de los Estados Mayores alojaban en hoteles o casas particulares, abandonadas, en rápida huida, por sus dueños.

La vida y organización del campamento dependían del lugar donde se alzaba. No era lo mismo establecerse en oasis pequeños a hacerlo en los poblados valles tacneños, en las cercanías de Lima o dentro de las ciudades.

El campamento de Iquique no ofrecía ninguna comodidad a los soldados, especialmente en lo que a rancho se refiere, ya que los víveres frescos debían enviarse desde Antofagasta y las entregas no siempre se efectuaban con la rapidez requerida. En el intertanto se recurría a la ración de marcha que terminaba por hastiar. Gutiérrez recuerda que en aquel puerto.

Estuvimos ocho días que los daban charque seco, galleta y arina tostada, y la agua muy escasa que medidita nos daban. Ai sufrimos mucho de la sé, el charque salado y la galleta seca y la arina tostada más sé los daba, hasta que llegaron los rancheros que los daban la comida en Antofagasta. Entonces lo pasamos bien, bien comidos, y buen café que los daban por la mañana, y tres panes bien regulares que los daban al día y entonces y buena comida de carne y legumbres<sup>46</sup>.

En el campamento del salar del Carmen, Francisco Canchú, soldado del Regimiento Esmeralda<sup>47</sup>,

cuya reputación de díscolo, poco sobrio y altanero eran proverbiales<sup>48</sup>

encabezó un movimiento de rechazo al rancho que, por las proporciones alcanzadas, amenazaba convertirse en motín. Alertado el subteniente Del Solar, que en ese momento se encontraba de guardia,

Sin perder tiempo hice formar desarmada a la tropa, avanzando los cabos al frente, varilla en mano y, después de identificar al promotor principal del desorden (que habría podido tener consecuencias fatales para la disciplina del cuerpo, sino se le hubiera sofocado en el acto), hice aplicar a Canchú, por cuenta propia y bajo mi grave responsabilidad de subalterno, cincuenta azotes, ya que no había tiempo para aguardar órdenes superiores, dada la circunstancia de que a esas horas me hallaba yo como oficial de guardia y único responsable de la tranquilidad del cuartel...

<sup>46</sup>Gutiérrez 1976, pág. 167.

<sup>47</sup>Del Solar 1886, pág. 87.

<sup>48</sup>Del Solar 1886, pág. 87.

El enérgico correctivo produjo el efecto moral deseado sobre la tropa que lo presencié, dominada, aunque nerviosa.

Pero no así en el culpable, quien, después de recibirle protestó entre dientes, irritado y altanero, murmurando, en voz perfectamente perceptible, que el castigo no le hacía variar de opinión.

Otros cincuenta varillazos concluyeron por hacerlo entrar en vereda<sup>49</sup>.

La disciplina debía ser mantenida severamente en un Ejército compuesto, en su gran mayoría, por voluntarios y enganchados que no se habían forjado en la rigidez de la carrera de las armas. Cualquier conato de rebelión debía ser aplastado si se deseaba la obediencia a los superiores. Las penas variaban con la naturaleza del delito. La más leve era el tiempo de guardia. Le seguía el "cepo de campaña". El soldado era colocado en cuclillas apoyando el mentón cerca de las rodillas; los brazos, plegados, descendían por fuera de los muslos y las manos se ataban. Entre las corvas y las sangraduras de los brazos se colocaba un fusil. Debía permanecer en esa posición durante una a dos horas.

Seguían en orden de gravedad la prisión con centinela a la puerta, antesala de un consejo de guerra, los varillazos, la degradación y el fusilamiento.

Hurtos, pendencias y embriaguez eran los delitos más comunes. El castigo impuesto por los oficiales generaba rencores y promesas de venganza que sólo esperaban la acción del alcohol para materializarse. El mayor Salvo cuenta que el 13 de abril de 1880, en el valle de Locumba, recién ocupado por la expedición de vanguardia, durante la noche,

Un soldado del Buin ebrió mató de un balazo a su teniente Milcíades Fernández. El comandante Ortiz me ha consultado sobre el hecho de dar parte al cuartel general, y le reprobé su determinación diciéndole que el parte que debe dar es el de haber fusilado al delincuente previo consejo de guerra verbal. Atendióse mi consejo y el criminal fue fusilado hoy<sup>50</sup>.

Los valles de Tacna, con sus bodegas repletas de toneles de pisco y vino, provocaron más de un desorden en las tropas chilenas. Se tomó la determinación de poner guardias armados en algunas, derramándose en las acequias el vino de las otras. Pero ni aún así se consiguió hacer cumplir la orden de temperancia. En Moquehua, según apunta Urquieta

Grande fue la cantidad de vino que se hizo votar (sic); en algunas partes corría el delicioso líquido formando arroyos i los soldados le hacían represas para juntarlo y se tendían boca abajo para beberlo sin reparar que ese vino había recorrido buen trecho arrastrando bastante inmundicias<sup>51</sup>.

<sup>49</sup>Del Solar 1886, pág. 88.

<sup>50</sup>Salvo. Página del 21 de enero de 1879. Corresponden al 14 de abril de 1880.

<sup>51</sup>Urquieta 1907, pág. 237.

El mayor Salvo encontró, en Locumba, escondidos bajo una espesa ramada,  
a

una docena de soldados de distintos cuerpos que bebían exquisito vino blanco de un cántaro enorme de madera de donde sacaban el licor con un mate

—Ustedes aquí, les dije, lejos del campamento y bebiendo a cántaro

—Si no es más que un poquito que hemos pedido a la guardia, dijo uno de ellos

—Pásenme el cántaro.

Se apresuró a hacerlo el que contestaba, creyendo que yo intentaba probar aquel vino que parecía un jerez.

Hice que uno de ellos levantara una de las patas de mi caballo y que el del cántaro lavara el casco con aquel licor generoso cuyo aroma percibía yo perfectamente, en seguida otra de las patas, y otra hasta terminar las cuatro y con ellas agotar el cántaro.

—Ahora, les dije, vuélvanse tranquilamente a sus cuerpos, y cuando volvamos a Chile podremos contar que era tal la abundancia de los vinos en Locumba, que las patas de los caballos se lavaban con los más exquisitos<sup>52</sup>.

El rancho del campamento mejoraba en proporción directa a lo que podía obtenerse, como contribución de guerra, en la zona ocupada. Entonces, en las marmitas, se cocían alegremente cazuelas de ave o de cordero<sup>53</sup>.

“Los que guarnecían esos lugares no lo pasaban del todo mal, sobre todo en alimento, pues no quedaron aves, ovejas ni chanchos que no se comieron...”, escribe Urquieta<sup>54</sup>, agregando que, en Locumba,

En las mañanas antes del ejercicio, se repartía una buena ración de café endulzado con chancaca, galletas de buque en lugar de pan, una buena ración de almuerzo i otra de comida i no obstante los niños preparaban sus buenas onces con algún gordo borrico asádo i muchas veces se nos dió cómo ración una buena parte de cazuela preparada sabrosamente con carne de este alimento<sup>55</sup>.

La carne de burro era el alimento más socorrido, debido a la abundancia de rebaños salvajes que merodeaban por los valles en busca de agua. El mayor Salvo la encontró

Tan sabrosa y tierna... que no le habría aventajado la de una ternera<sup>56</sup>.

<sup>52</sup>Salvo. Páginas del 22 y 23 de enero 1879. Corresponden al 17 de abril de 1880.

<sup>53</sup>Salvo. Página del 23 de enero de 1879. Corresponde al 17 de abril de 1880.

<sup>54</sup>Urquieta 1907, pág. 287.

<sup>55</sup>Urquieta 1907, pág. 287.

<sup>56</sup>Salvo. Página del 30 de enero de 1879. Corresponde al 20 de mayo de 1880.

En aquellos campamentos los hombres trataban de olvidar la vida militar mediante festejos culinarios. En Locumba, cuenta Salvo, organizó

Un gran banquete... en el rancho de los oficiales de mi batería, convidando a varios de otros cuerpos... Como la iglesia del pueblo estaba ocupada por nuestra tropa de infantería, éstos encontraron en los cajones de los ornamentos muchos vestidos y trajes ricos de seda que se repartieron las cantineras entre sí. Para darle más solemnidad al banquete, hice que éstas vistieran los más ricos trajes, que naturalmente estaba de gala, con una profusión espléndida de los más ricos vinos y licores que producía el valle de Locumba, y con una iluminación a giorno. Las viandas eran muchas y tan variadas como lo permitía el cuantioso acopio de provisiones que había hecho la diligencia de mi ayudante Alonso Toro Herrera<sup>57</sup>.

Del mismo modo se comportaron los oficiales del Regimiento Esmeralda, hospedados en una hacienda que pertenecía al coronel limeño Mariano Pío Cornejo. Allí

Encontramos una considerable cantidad de víveres frescos que nos fueron distribuidos por disposición superior... Por nuestra parte hicimos cumplido honor a las exquisitas provisiones con que, tan sin imaginársele, nos festejaba nuestro ausente anfitrión, pero no sin que algunos pusieran mala cara hasta a los tarros de conserva, que se imaginaban encontrar rociados previamente de algún activo veneno, por la mano de sus dueños precavidos.

Pero como transcurriesen más de 24 horas sin otra novedad que las dos o tres indigestiones de langostas y sardinas, al día siguiente el ataque a los restos de los apetitosos comestibles comenzó con nuevo ahinco y con la seguridad, esta vez, de precaver en absoluto las malas consecuencias de la víspera, gracias a unos cuantos tragos de un deliciosísimo pisco, de que abundaban las bodegas de Locumba<sup>58</sup>.

Quiroz, con nostalgia, escribe a su padre:

Siempre tendré un recuerdo para los días que hemos pasado en Tacna, comiendo camotes cocidos asados en charquicán, puchero y toda clase de comidas con camotes en todo el Ejército. Los hemos acabados y ya no quedan frutas. Sólo quedan guayabas<sup>59</sup>.

Para Hipólito Gutiérrez la sed parece haber sido su principal preocupación. En Ilo se encuentra feliz porque, además de ser un puerto "muy lindo", con "bien bonitas casas", tenía

<sup>57</sup>Salvo. Páginas del 23 y 24 de enero de 1879. Corresponde al 18 de abril de 1880.

<sup>58</sup>Quiroz. Carta del 14 de junio de 1880.

<sup>59</sup>Del Solar 1886, pág. 131.

agua muy buena, dulce que corría por cañones que fue la primera agua buena que tomamos desde que salimos de Chile<sup>60</sup>.

El licor de los valles tacneños también se utilizó para desinfectar heridas a falta de alcohol. Körner relata que

en Moquehua, Locumba y Sama, nos servíamos de pisco, que en aquellas regiones encontramos en cantidades más que suficientes<sup>61</sup>

Sin embargo no todo era delicias en esos valles: las moscas y zancudos formaban verdaderas plagas que hacían insoportable la permanencia en las carpas y cuarteles. Durante la noche

formaban en el cielo y en la parte superior de las paredes una espesa capa negra de donde salía un zumbido sordo y continuo. Para comer teníamos que recurrir a maniobras complicadas para evitar que cubrieran los guisos o cayeran sobre los platos que nos servíamos<sup>62</sup>.

Si bien la comida era abundante según los testimonios de los propios actores, no ocurría lo mismo con los cigarrillos. El soldado Quiroz pide, en sus cartas, que le manden tabaco y papel; acusa, en otra, recibo de seis paquetes de tabaco<sup>63</sup>. Gutiérrez recuerda:

el tabaco no se merecía, muy escaso, que por un solo cigarro se daban 20 centavos y eso era por casualidad que los muy tabaqueros tenían que pitar hojas de algodón. ¡Qué gusto tendrían! Yo hice la prueba; un día pité un cigarrillo para ver y tenía mal gusto<sup>64</sup>.

Y Urquieta:

Era mucho el gusto para todos cuando algunas veces nos daban ración de tabaco i papel, pues habiendo tanto vicioso nos desesperábamos cuando no teníamos que fumar, así es que eramos sobradamente mesquinos con el tabaco i muchos oficiales eran capaces de dejarse arrancar el bigote antes de dar un cigarrillo porque en muchas ocasiones era tanto el deseo de fumar que lo hacíamos con hojas de algodón en pedazos de papel de cartas o periódicos<sup>65</sup>.

En los campamentos la diana se tocaba a las 4.30 de la mañana. Los hombres se aseaban, limpiaban los albergues y corrían a recibir el medio litro de café y el pan que conformaban su desayuno. Enseguida eran inspeccionados, sucesivamente, por los respectivos cabos, sargentos, tenientes y capitanes. A las seis de la mañana comenzaban los ejercicios de maniobra tácticas y desplazamientos

<sup>60</sup>Gutiérrez 1976, pág. 180.

<sup>61</sup>Körner 1929, pág. 102.

<sup>62</sup>Körner 1929, pág. 124.

<sup>63</sup>Quiroz. Carta del 20 de mayo de 1880.

<sup>64</sup>Gutiérrez 1976, pág. 186.

<sup>65</sup>Urquieta 1907, págs. 287 y 288.



de guerrillas, que se prolongaban por tres a cuatro horas. A las 10 se servía el almuerzo, descansándose hasta las 15, horas en que, normalmente, se realizaban nuevos ejercicios durante 60 minutos. A las 16.30 se comía. La recogida nocturna estaba fijada entre las 19.30 y 20 horas.

Los descansos solían ser amenizados por las bandas de cada regimiento, interpretando sus instrumentos de bronce lentos toques militares y zamacuecas. Otras veces se escuchaban los sones de tambores, ejecutados por niños que habían acompañado a sus padres a la guerra. Las cajas eran bajas y sonoras y los muchachos rivalizaban en demostrar quién realizaba los más complicados movimientos con los palillos. Muchos de los tambores apenas se empuñaban sobre los 9 años y las anchas casacas que cubrían sus frágiles cuerpos parecían ampararlos de un miedo que pocas veces podían esconder. Urquieta se refiere al tambor del Batallón Coquimbo, hijo de un sargento del mismo, apellidado Godoy, razón por la cual el niño, de unos 10 a 11 años, era conocido como Godoicito. Se trataba de un

muchacho simpático, vivaracho i picarezco que tenía pretenciones de viejo soldado...

El día del combate de Dolores se encontraba este niño junto con el Batallón en el cerro San Fernando... lleno de contento mirando las evoluciones del enemigo i cuando más contento estaba, el mayor Salvo disparó sus cañones contra los aliados. Godoicito al sentir el atronador estampido se asustó de tal suerte que ni se acordó de su querida caja i echó a correr desesperadamente cerro abajo en busca del campamento donde se creía seguro<sup>66</sup>.

En las noches los campamentos solían ofrecer veladas con títeres, payasos y representaciones de piezas teatrales. A ellas concurrían soldados y oficiales de los distintos cuerpos. El mayor Salvo relata:

Anoche asistí a una función de títeres i acrobacia dada por soldados del 4º en el propio campamento de ellos. Es admirable como se proporcionan tantos elementos, tanta bagatela como las que ahí se veían, necesarias al esplendor del espectáculo. Para lo que se pudiera esperar en el desierto i de tales actores, estuvo aquello con todo éxito: era una función que estaba a la altura de las que se ven frecuentemente en los suburbios de Santiago. Se había limpiado un pedazo de terreno de 50 m<sup>2</sup> proximamente i al rededor, sentados en piedras de caliche, estaba todo el rejimiento, sus oficiales i muchos otros cuerpos. En el medio se levataba el trapecio sostenido por cuerdas o vientos, y entre los dos postes se jugaron los títeres, al abrigo de un telón. No hubo ninguna ingeniosidad. Dos hombres con sendas guitarras formaban la orquesta, cantando y tocando a duo bastante regular. Primero subió un payaso a bailar una zamacueca con un soldado que en traje de mujer

<sup>66</sup>Urquieta 1907, págs. 190 y 191.

imitaba bien las maneras de una muchacha, en seguida 4 ó 6 hicieron volqueos; luego vino el trapecio, i finalmente la barra fija<sup>67</sup>.

El día de Pascua... fue celebrado por carreras por los Navales, a la inglesa. La primera fue burros, al gana pierde, la más célebre de todas. Hubieron 5 inscritos, montados por payasos. Por cierto ganó el más ruín.

Después hubieron carreras de a pie; luego de mulas en que ganó una de Artillería; y últimamente la de caballos que no se decidió porque el jinete de uno de los caballos cargó a los demás con visible fraude<sup>68</sup>.

Otro testigo cuenta:

Casi todas las noches había función ya de maroma con elegantes trajes de punto costeados por los oficiales: ya representaciones teatrales con vestuadios aparentes, o de graciosos títeres con gran cantidad de variados y bonitos monos. Amenizaban estas funciones una buena banda de músicos...

Los títeres fueron prohibidos porque los monos eran muy francos y se descomedían en sus gracias: hacían reclamos que podían considerarse como graves faltas a la disciplina<sup>69</sup>.

El campamento era, también, la antesala del combate. La alegría de noches anteriores se transformaba en incertidumbre; en nostalgia por los seres queridos; en infructuosos intentos por develar el futuro. Durante la víspera de una batalla nadie dormía.

Se hacían sus encargos unos a otros por si la suerte les fuera adversa. Otro tanto hacían los oficiales, escribían sus cartas a sus familias, por si esta fuera la última, i se las entregaban a los proveedores<sup>70</sup>.

Los capellanes reconfortaban, confesaban y daban la eucaristía a aquellos hombres que, al amanecer, olvidarían todas sus tribulaciones en el fragor del combate.

Así el soldado Quiroz podía, con entereza, decir:

Temor de morir no tengo por defender la honra de nuestra querida Patria. A más de esto, estamos confesados y comulgados<sup>71</sup>.

Luego del encuentro renacían las esperanzas en quienes habían librado sin heridas; entonces escribían:

Yo quisiera, al volver a mi Patria, encontrarme reunida a toda mi familia, para tener el gusto de verlos a todos.

<sup>67</sup>Salvo. Páginas del 8 al 9 de octubre. Corresponde al 19 de diciembre de 1879.

<sup>68</sup>Salvo. Página del 18 de octubre. Corresponden al 27 de diciembre de 1880.

<sup>69</sup>Urquieta 1907, págs. 211 y 212.

<sup>70</sup>Urquieta 1907, pág. 291.

<sup>71</sup>Quiroz. Carta del 3 de septiembre de 1879.

Padre: me sería sumamente grato que anunciase a todos mis hermanos que he salido con vida y salud en todas las campañas, librándome milagrosamente de los enemigos como en cuatro batallas, pero no así la terciana que la he tenido como dos semanas<sup>72</sup>.

El continuo triunfar de las armas chilenas provocaba rumores sobre una paz que se adivinaba cada vez más cercana. La alegría entonces llenaba el corazón de los soldados.

Nosotros contentos... que ya no íbamos a pelear más porque estábamos algo garrochado de tanto pelear que ya habíamos librado con vía y en otra no escapábamos, pero no había temor de pelear<sup>73</sup>.

Las esperanzas de paz prendían con más fuerza a medida que se avanzaba hacia la capital peruana. Todos la deseaban. Todos coincidían en lo horroroso que era recorrer, al día siguiente, los campos de batalla. La visión de tantos amigos, compañeros y enemigos muertos o heridos, hacían comprender la realidad pavorosa de esa sangre derramada. Urquieta reflexiona:

Nunca se lamentará lo suficiente las consecuencias de la guerra, ni los efectos o resultados de las batallas: es imposible que puede haber una cosa más sensacional. Nosotros creemos que después de las batallas queda el corazón del hombre aletargado, incapaz de sentir sensaciones de cualquier género. Se siente despego a la vida ¿será porque en las batallas se ha desafiado a la muerte sin espanto?...<sup>74</sup>.

Cómo no comprender, entonces, la ingenuidad en las exclamaciones de aquellos jóvenes que se habían hecho hombres en medio del humo de la pólvora y del ronco ruido de las armas.

Me parece que llegando a mi Patria me voy a encontrar con el Edén, según me lo figuro con sus campos los más vistosos, sus hermosos paisajes<sup>75</sup>.

O la alegría del que regresa, hastiado de arena, sangre y desolación.

¡Qué gozo, que contento que los íbamos para nuestro Chile y florecidos campos!<sup>76</sup>.

En los recuerdos de estos protagonistas, el recibimiento triunfal del regreso, la convicción de haber cumplido con su deber de chileno, el orgullo de haber ofrecido la vida a la Patria y a la bandera que la cobija, se funden, íntimamente, con el anhelo, de que aquello no vuelva a repetirse. Su mensaje de paz es el legado que pertenece a los pueblos envueltos en ese doloroso conflicto.

<sup>72</sup>Quiroz. Carta del 6 de abril de 1881.

<sup>73</sup>Gutiérrez 1976, pág. 218.

<sup>74</sup>Urquieta 1909, págs. 213 y 214.

<sup>75</sup>Quiroz. Carta del 16 de marzo de 1882.

<sup>76</sup>Gutiérrez 1976, pág. 226.

## BIBLIOGRAFÍA

- BULNES, GONZALO: *Guerra del Pacífico*. Sociedad Imprenta y Litografía Universo. Valparaíso. 1911
- GUTIÉRREZ, HIPÓLITO: *Crónica de un soldado de la Guerra del Pacífico*. Editorial Francisco de Aguirre S.A., Buenos Aires. 1876
- KÖRNER, VÍCTOR: *Diario de campaña de un cirujano de ambulancia*. Imprenta Siglo xx. Santiago. 1929
- MASON, THEODORUS: *Guerra en el Pacífico Sur*. Editorial Francisco de Aguirre. Buenos Aires. 1971
- QUIROZ, ABRAHAM: *Epistolario inédito de su campaña como soldado raso durante toda la Guerra del Pacífico*. 1976 1879-1884. Editorial Francisco de Aguirre S.A. Buenos Aires.
- SALVO, JOSÉ DE LA CRUZ: *Diario en la campaña del Perú*. Manuscrito. 1880
- SOLAR, ALBERTO DEL: *Diario de campaña*. Garnier Hermanos, Libreros-Editores. París. 1886
- URQUIETA, ANTONIO: *Recuerdos de la vida de campaña en la Guerra del Pacífico*. Escuela Talleres Gratiitud Nacional. Dos tomos. Santiago. 1907-1909